

nocieron por cosa sobrenatural dar tan grande grito espiando. Eran soldados, y en aquel tiempo tan atentos á señales y á agüeros, que por el vil canto de la corneja suspendian una jornada, y todo un ejército marchando obedecía al vuelo de un cuervo. Vieron al sol apagado y al día anochecido, batallar unas con otras las piedras, y con espantosos temblores no solo titubear la estatura del monte, sino desgajada y rota descubrir los sepulcros y dar paso á los muertos. Y cuanto estas señales excedían á las que habían observado, se excedió su conocimiento á sí mismo. Canonizada queda con esto la alabanza de la gente de guerra, y ser solos los que conocieron y confesaron á Cristo por Hijo de Dios.

Del tercero Centurion se lee en los Actos, 10: «Había en Cesarea un Centurion llamado Cornelio, de la cohorte que se llama Itálica, religioso y temeroso de Dios: con toda su casa y familia, y con sus largas limosnas socorria al pueblo necesitado. Apareciósele un ángel, y díjole: Tus oraciones y limosnas han ascendido á la presencia de Dios. Ahora envía tus embajadores á Jope, y mándalos que busquen á Simon, que se llama Pedro. Y como entrase Pedro, Cornelio le salió á recibir, y arrodillándose le adoró, y Pedro le mandó fuese bautizado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.» Véase el fruto que de la limosna y de la oracion cogen los soldados, pues les traen ángel del cielo que los encamine, y que no solo puede uno ser soldado y religioso, sino que debe serlo. Envió el ángel al Centurion, y remitiólo á san Pedro, cabeza de la Iglesia y vicario de Cristo. ¡Señor! quien encamina á los soldados á la obediencia de Pedro á que adoren la cabeza del apostolado, á que consulten y obedezcan el oráculo del vicario de Cristo, ángel es que viene del cielo; quien de esto los aparta y no se lo manda, demonio es y espíritu condenado.

Hay autor, cuyas obras han defendido hombres doctos, que dice que el centurion que al pié de la cruz confesó y conoció á Cristo, fué español. Fuera ignorante envidia, y feamente culpada, dudar lo que es á mi nacion de tanta honra. Yo sigo con agradecimiento á los que han defendido á Flavio Destro, en quien se lee. Reparo en que este centurion fué español; y Cornelio, centurion de la cohorte llamada Itálica, por ser de Italia nos toca. Demos parte al mérito de su virtud y acciones en la merced tan singular que Dios hace á España y á Italia, en que solas en estas dos provincias y los súbditos de ellas perseveren sin mezcla de herejía la fe de Jesucristo.

Probado he que la milicia evangélica no solo es practicable para lo temporal, sino su perfeccion; y que solo el soldado que teme á Dios, no teme á los hombres, en que se funda el valor de los verdaderamente valientes; lo que fué precepto de Cristo: «Temed al que puede dar muerte al alma, no al que puede darla al cuerpo.» Este aforismo divino, obedecido, hizo que los mártires con los tormentos que padecian vencieran á los tiranos que los atormentaban. Para esto previno Cristo sus soldados con las palabras que son texto á este capítulo: «Id, que yo os envío como corderos entre lobos.» Mas añádese la otra parte del texto: «Esto os he dicho á vosotros, para que tengais paz en mí. En el mundo tendréis trabajo; mas confiad, que yo vencí al mundo.» Cristo no facilita la victoria, pues dice que padecerán trabajos; mas asegúrala diciendo que confien, pues los envía á la batalla con el mundo el que venció al mundo.

Señor: quien facilita las empresas á los que envía á ellas, los persuade á tener en poco al enemigo; y aquel desprecio siempre es en favor del contrario, y le padece quien de otro le hace. Estorba las prevenciones y las advertencias, que cuando son menester, faltan. Mucho llevan en su favor los soldados de príncipe vencedor; más los alienta la opinion de su general, que las fuerzas propias y la multitud de armas. Los que conduce ó envía príncipe siempre vencido, ellos se condenan á víctimas del enemigo. Poco esperan de sí los que de su rey desconfian.

Es digna de alta consideracion aquella palabra, exhortándolos á la guerra sangrienta donde los enviaba: «Esto os he dicho á vosotros, para que tengais paz en mí.» Si el monarca no dispone que los suyos y sus soldados tengan paz en él, todo lo errará. Declárome. No se pueden contar las empresas malogradas, los ejércitos deshechos, y las provincias que se han perdido por esta razon. Por esta cuenta corren los valientes generales y los muy valerosos soldados, á quien en vez de premio ha dado castigo la envidia de los cobardes y viles, que con embustes no les dejan tener paz en su señor. Pide el capitán general lo que há menester para defender lo que se le encarga ó para conquistar lo que se le ordena; y cuanto se tiene por mas cierto de su valor el buen suceso, tanto mas ó se le contradice lo que pide, ó se le dilata lo que se le ha de enviar, por la maña de los que no le dejan tener paz con su rey, de miedo que con la grandeza de sus hazañas no se anteponga á sus chismes en la estimacion soberana. Y cuando no pueden estorbar que no consiga su valor las glorias que se propone, y da nuevas ciudades á su príncipe, nuevas provincias, nuevos reinos, suma reputacion á sus armas, — para que no tengan paz en él, dice que las gana y conquista para sí; y con celos políticos, que se creen mas fácilmente que se inventan, no le dejan tener paz en su señor.

Tal sucedió al Gran Capitan con el Rey Católico y al de Pescara con el emperador Cárlos V, pues todos padecieron sus méritos en vez de gozarlos. Señor: estas cizañas y ministros revoltosos que no consienten que otros sino ellos tengan paz en su rey, no sirven sino de desarmarle para la ofensa y para la defensa, malográndole los sugetos, desapareciéndole los valerosos y experimentados. El remedio de esto enseña Cristo, disponiendo que tengan paz en él los que envía á pelear por sí. Por san Lucas, 11, dice: «Todo reino dividido será arruinado.» Muchas son las divisiones por que son asolados los reinos: no solo guerras civiles los dividen, lo mismo hacen los vicios, las costumbres, y peor que todo, las diferentes sectas ó religiones. No se tenga por aunado el reino que no padece levantamientos y motines armados; que los vicios y pecados no solo le dividen, sino le despedazan; las costumbres licenciosas y desordenadas le confunden, las diferentes sectas le aniquilan en condenacion afrentosa; y lo último y mas eficaz para dividir un reino, cuando ninguna de las cosas referidas le divide, es el mismo rey, si está dividido. Esta es la division mas mortal, por ser de la cabeza y el cuerpo, donde el uno está sin el otro, y la cabeza dividida en dos partes, sin ser cabeza en alguna de ellas. El que no es señor de la suya es esclavo de la ajena. Si la cabeza dividida no puede vivir la vida sensitiva, ménos podrá vivir la racional.

¡Gran tesoro de preceptos y doctrina hemos hallado en el Testamento Nuevo, en que se enseña juntamente á ser temeroso de Dios y á no tener miedo, á hermanar la religion y la valentía, á merecer con la fe milagros de la omnipotencia de Dios; á consultar para los aciertos militares á los santos y á los varones de Dios! Y afirmo que aquel príncipe y aquellos generales y capitanes en quien no precediere la religion al principio de la guerra, y ella no dispusiere los medios, que él la podrá empezar con grande poder y encaminarla con maña, mas no darla fin con buen suceso, si ya no aconteciere querer Dios con ellos castigar á otros peores, y entonces, llamándose soldados, son verdugos. Esto creyó y tuvo la idolatría ciega en mas observancia que ninguna otra cosa. Trata de esto Valerio Máximo en su primero capítulo, que es de la religion. Referiré las palabras con que acaba la narracion nona: «Siempre nuestra ciudad juzgó que se había de anteponer la religion á todo, tambien en aquellas cosas en que quiso atender al decoro de la suma majestad. Por lo cual no dudaron los imperios de servir á las cosas sagradas, juzgando que en tanto se prosperaria el gobierno de las cosas humanas, en cuanto bien y constantemente obedeciesen y sirviesen á la divina potencia.» Si á esto se persuadieron los gentiles, ¿en qué opinion tendrá á los católicos el que creyere necesitan de que se lo persuadan?

Hemos descubierto preceptos militares en los evangelistas, en las epístolas canónicas, en los actos, por hallarlos esparcidos en todo el Testamento Nuevo. Resta el Apocalipsi, en el cap. 12; Daniel, 12, y en la segunda á los thesalonicenses, 2. Se lee de tres grandes autores tal suceso: «Hubo en el cielo una grande batalla: Micael y sus ángeles valerosamente peleaban con el horrible dragon, y el dragon y sus ángeles rebelados peleaban, y no pudiendo resistir, fuéron vencidos de Micael; cayeron, y en el cielo no quedó señal suya. Empero en aquel tiempo se levantará Micael príncipe, y el Señor Jesus dará muerte al Anticristo con el espíritu de su boca.» Sacra, católica, real majestad: este texto es todo real; contiene el primer capitán general y la primera batalla y victoria. La causa de esta guerra fué querer Luzbel, altísimo serafin, ser como Dios. ¡Grave delito! Fué capitán general contra él y su parcialidad un arcángel, á quien en premio de haber vencido al que osaba pretender ser como Dios, se le dió el nombre de Micael, que es decir ¿quién como Dios? Tres cosas perdió Luzbel: la batalla, la gracia y el cielo; y respectivamente á Micael le hizo Dios tres mercedes: la primera, que su nombre, como he declarado, fuese el mismo de la gloriosa victoria; la segunda, que él fuese siempre el protector de la verdadera congregacion de fieles, principalmente en las batallas contra infieles y herejes; la tercera, que así como él había vencido la primera guerra contra Lucifer, venciese la postrera contra el Anticristo, á quien por su mano dará Cristo la muerte.

Soberano ejemplo á los príncipes para tres cosas que les importan todo su sér, grandeza y estado: castigar y derribar y vencer al que se atreviere, siendo su criado, á querer ser como ellos; hacerle que pierda las mismas tres cosas, la batalla (esto es, su pretension), su gracia, y su casa y reino; y al general que le venció, otras tantas mercedes que le prefieran, y que sea su nombre el de su victoria, encomendarle la defensa de los suyos,

pues le encomendaron la suya, y no dejar perder al que ya se sabe que sabe vencer.

Señor: Dios, ni Dios hecho hombre no mudan ni suspenden, si se ofrece ocasion, al capitán general que les dió una victoria; á él encargan la primera y todas las que se les ofrecieren á los suyos y á su pueblo, y le tienen electo para la última del mundo. ¿Qué espera el príncipe que en cada ocasion experimenta un hombre, y que á cada uno que le da victoria le arrinconan en dándosela? Pues no es otra cosa, sino consentir que las hazañas depongan, y el ocio y la ignorancia promuevan. Quien esto aconseja á un príncipe, procurador es de los enemigos que tiene; y si el príncipe lo hace por sí, lo hace contra sí. Tendrá muchos con títulos de capitanes generales, mas los enemigos no tendrán que pelear sino con solos los títulos.

Resta verificar que en las batallas y sitios los reyes temporales, siguiendo la milicia evangélica, ganen ciudades y batallas y reinos con la paz y con la piedad y la clemencia contra la guerra. Sea la prueba de príncipe belicosísimo y español el inclito é invencible rey don Alonso el Sabio de Aragon, que, como discípulo de los dos Testamentos en cuya leccion se ocupó tanto que con sus glosas se dice pasó muchas veces toda la Biblia, quedó bien doctrinado, y logró su meditacion en infinitos trances de guerra. En la conquista de Nápoles tenía el máximo rey don Alonso puesto sitio á Gaeta, plaza por su fortaleza llamada llave de aquel reino. Apretó tanto el cerco, que los de Gaeta, obligados de la hambre por la falta de mantenimientos, echaron fuera todos los niños, mujeres, viejos y enfermos, los cuales viéndose expuestos á las armas enemigas que los herían y maltrataban, con lágrimas y alaridos procuraban volverse á Gaeta, de donde eran con mayor rigor ofendidos por los suyos mismos.

Fué advertido el rey de lo que pasaba; juntó su consejo. Refiere el docto Antonio Panormitano que todos votaron que conforme leyes militares su majestad no debia admitir en sus reales aquella gente, sino arca-bucearla y volverla á Gaeta; pues con eso se rendiría la ciudad; y de otra suerte era disponerles la defensa contra sí. Confiesa Antonio Panormitano que, hallándose él en aquel consejo, votó lo mismo con este rigor. Oyólos el rey, y dijo: No permita Dios que yo cobre á Gaeta con tan gran crueldad. No vine á pelear contra niños, mujeres, viejos, ni enfermos: por ese camino no solo quiero perder á Gaeta y el reino de Nápoles, mas dejara la conquista del mundo. Y luego mandó que aquella gente no solo fuese admitida en su ejército, sino regalada, guardando la honestidad y decoro de las mujeres, y curando los enfermos y heridos, acomodando los viejos y acariciando los niños; lo que admiraron los de Gaeta, y vencidos del beneficio y del agradecimiento, codiciaron por señor al que tenían por enemigo.

Supo que un caballero muy principal de su corte trataba de matarle muchos dias había; y no por eso le temió, ni le hizo prender y castigar como merecia. Llamábale frecuentemente y llegábale á sí; favoreciale y halagábale, y con el amor, y disimulacion de su maldad, le enmendó por no acabarle con el castigo.

Fué avisado el rey por mosen Luis Puche, que residia en Roma, que micer Riccio, capitán de la infantería de Rijoles, tenía tratado dejar al rey y pasarse á sus enemi-

gos y levantarse con algunos lugares; y que sería necesario, pues se tenía noticia cierta de su traición, antes que la ejecutase, prenderle y castigarle. El rey respondió que en ninguna manera le mandaría prender, y que tendría por mejor ser dañado con la traición y poca fe de los suyos, que mostrar que no se confiaba de ellos. Y así dijo: « Lévantese contra mí cuando quisiere el capitán Riccio; que yo, hasta que lo vea con mis ojos, no quiero creer cosa semejante de criado mío ni de hombre á quien yo haya hecho bien. » ¡ Oh grande ejemplo, que imitado será guarda de la reputación del príncipe! Procure el rey no merecer por su tiranía y vicios levantamientos, y no hará caso de los que le dijeren le son traidores ó lo quieren ser; que importa mucho no mostrarse desconfiado de los vasallos y de los criados. Empero si es tirano, no se fie de las conjuras que castiga, ni de los traidores que prende; que los castigos en casos semejantes ántes los irritan que los agotan.

Acusaron á un caballero noble y de generosa familia, de crimen de lesa majestad: fué convencido de este delito delante del juez. El rey lo supo; y porque la culpa de uno no fuese mancha á toda una familia ilustre, no consintió se le diese la pena que merecía. Llamóle á solas, y reprendiéndole con amor, con su clemencia excoisó en su linaje la nota, y en el delincuente la sangre, y le obligó al reconocimiento y enmienda.

Roger, conde de Pallares, caballero de alto linaje y de señalado esfuerzo, dijo al rey que si él quería, estaba determinado de dar de puñaladas al rey don Juan de Castilla, que era mortal enemigo del rey don Alonso, y que sabía adónde y cómo lo podía hacer. El rey le dió por respuesta que no por el señorío de Castilla, empero que ni por el imperio universal del mundo, consentiría en acción tan fea, que fuese mancha detestable á su memoria y horror á los porvenir. Lo mismo respondió á un florentin que estaba desterrado de Florencia, y le ofreció de matar á Cosme de Médicis.

A los que en el cerco de Escafato le dijeron no solo feas y malas palabras, sino ignominiosas, cuando entró por fuerza el lugar, contra el parecer de su hermano y

del príncipe de Taranto y de todo su ejército, los perdonó y envió libres. ¡ Señor! Estas acciones todas son evangélicas: perdonar injurias, dar bien por mal, vencer con el perdón, conquistar con la paz, quebrantar la furia con la paciencia, castigar con la misericordia; y todas las ejercitó en guerra viva y temporal el rey don Alonso. Rey tan grande, tan valiente y tan sabio, que preguntándole un allegado suyo si podría ser, y por qué, que un rey tan rico y poderoso como él, y señor de tan grandes señoríos y reinos fuese pobre, respondió que si se vendiese la sabiduría, para comprarla lo diera todo. ¡ Cómo podía dejar de hacer lo que he dicho quien dijo lo que refiero? Eran en él tales las obras, y tales las palabras con que en el decir y el hacer fué sabio, invencible, piadoso, valiente y bienaventurado rey, para ejemplo de los que quisieren serlo.

Esto, Señor, acuerdo á vuestra majestad como vasallo suyo de buena ley, sin perder jamas de vista la del Evangelio y sagradas letras, á cuya luz (bebiendo la de estos *Discursos Politicos* en aquel inmenso piélago de la suma verdadera sabiduría) he procurado disimular mi ignorancia, tomando con las plumas de los mejores secretarios de Dios y ministros escogidos suyos, que con el *don altísimo* de su gracia nos dieron aprobada doctrina para solicitar su gloria en el acierto de las acciones humanas, amaestradas en su divina escuela; cuyo fin ha sido el mío, y no otro, en el empeño literal de este ocio.

A honra y gloria de Dios y de Jesucristo nuestro Señor, de la siempre Virgen María su Madre, y del apóstol Santiago, único patron de las Españas, acabé esta obra con intento de servir con mi poco caudal y cortos estudios á la majestad del muy poderoso, muy alto y bienaventurado rey de las Españas don Felipe IV, monarca de los dos mundos, invencible, magnánimo y siempre augusto; sujetando todo lo que en ella he escrito (deponiendo mi propio sentir) á la corrección y censura de la santa, sola y universal iglesia de Roma y á sus ministros.

VIN DE LA POLÍTICA DE DIOS Y GOBIERNO DE CRISTO.

EL RÓMULO DEL MARQUES VIRGILIO MALVEZZI.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON JUAN LUIS DE LA CERDA,

duque de Medinaceli, marques de Cogolludo, conde de la ciudad y gran puerto de Santa María, marques de Alcalá, señor de las villas de Deza, Enciso y Lobon, y las demas de sus estados y señoríos, comendador de la Moraleja, del órden y caballería de Alcántara.

EXCELENTISIMO SEÑOR: No dedicó el docto y profundo y elegante y nobilísimo marques Virgilio Malvezzi esta obra, inmensa en pequeñez tan abreviada, á ninguna persona: dejóme á mi la elección, y vuecelencia me asegura el acierto, y á tan esclarecido escritor la gloria. No la doy á vuecelencia para que la ampare, sino para que la lea; que dedicar libros con aquel fin, es fin vano de que hacen caudal los presumidos que acuña humo, y con este el útil de que se recibe salud. Ofrecer libros á quien no los sabe leer, ántes es despreciarlos que favorecerlos; queda el autor con mal dueño, y el que le dedica sospechoso, si no de peor intento, de no buen seso. Recibiéndole vuecelencia conocerá su valor y mi buena voluntad; y porque este reconocimiento mio no tenga facciones de dedicatoria de impresion socorrida, callaré la grandeza de la casa de la Cerda, restituyendo á los lectores esta noticia (si alguno no la tiene) en las historias de los señores reyes de Castilla y Francia, donde coronadas podrán leer todas las venas de vuecelencia, á quien dé Jesucristo nuestro Señor su gracia y en larga vida buena salud, como deseo y he menester en esta casilla que abriga mi desprecio. Madrid 2 de setiembre de 1631.

Don Francisco de Quevedo Villegas.

A POCOS,

don Francisco de Quevedo Villegas.

No es tan glorioso Rómulo por haber edificado á Roma, como por haber sido edificado del marques Virgilio Malvezzi: más durable será en tales escritos su vida, que lo fué en sus muros su ciudad; mejores materiales son tales razones, que tales piedras: acabó aquella grandeza, no acabará esta fama. Rómulo entretenía señales de su nombre, sepultadas en los cadáveres de aquellas ruinas, que servían mas de conjeturas á los curiosos, que de información: agora no solo resucita, ántes nace; que esta vida es nueva, siendo parto, no de Rhea sino del ingenio; alimentada, no por una loba, sino por el estudio: no tiene por su cuna al Tíbre, sino á la pluma mas feliz de Italia. Escribieron la vida de Rómulo muchos, mas á Rómulo ninguno. Los pasados fuéron historiadores de su vida, nuestro autor de su alma. Habíanse leído sus acciones, no sus intentos; los sucesos, no la causa de ellos. El Marques escribe el príncipe, los demas el hombre. Llámase Rómulo, no historia ó vida de Rómulo, porque no se dice solo lo que de él se supo, sino lo que supo él. Refiérese lo que vieron todos, y lo que él procuró (si fuese posible) que no se viesse. Con tal diligencia le ha descifrado el Marques, que si, como él le ha sabido escribir en su muerte, le hubieran sabido penetrar en su vida, ni él reinara, ni su hermano muriera: tanto vale el interior ignorado. Más grandezas se le deben á la disimulación, que al valor. A Rómulo no le guardó Faustulo, sino el Marques; y recibe mejor alimento de esta tinta, que de aquella